

# LAS FOTOS DE “OARSO”

Antxón PEREZ CALLEJA

OARSO es una revista involuntariamente nostálgica. Su-pongo que lo es sin querer porque no creo que en el programa de Gobierno del Ayuntamiento de Rentería, y en su política cultural, haya lugar para la sentida conmemoración del pasado.

Confieso que las páginas de OARSO que más valoro, que paso y repaso, que miro inquisitoriamente, como si quisiera extraer su esencia y su verdad, son las ocupadas por las fotografías antiguas.

Allí aparecen las viejas fábricas, todavía flamantes, de la industrialización de principios de siglo, llenas de nombres de resonancia francesa. Unas cuantas fábricas frente a un paisaje todavía abierto y moderado.

Otras fotografías notables son las escolares, los grupos de alumnos y profesores, de las escuelas y la formación profesional; aquellos chicos encogidos y aquellos profesores solemnes sorprendidos en pleno acto de fe: educar unos y crecer otros. Ya que no soy de Rentería y no conozco a nadie que aparezca en aquellas fotos, me he preguntado cual es la razón de esta curiosidad, el porqué siento que estoy ante una verdad importante y definitiva.

No creo que sea la nostalgia realmente; no hay ninguna efusión sentimental ni deseo de recuperar el pasado. Casi todos los que nos miran desde las páginas de OARSO están muertos hace tiempo y no queda nada, no ya de ellos mismos, puede que ni de su recuerdo. Es una memoria pero es una memoria anónima.

Y, sin embargo, en aquellos que nos miran —por lo menos tanto como nosotros les miramos— está la vida detenida en un instante, ese instante a la vez cotidiano y eterno. La vida que contiene casi siempre esas dos notas aparentemente contradictorias: la fuerza y la vitalidad de las ganas y el placer de vivir —y hay mucha vitalidad en las fotos de OARSO— juntamente, simultáneamente, con la nada y la muerte.

La vida sin sentido, la vida que todos repetimos como impulso ciego y desmedido pero vida al fin y al cabo: vida gloriosa y apasionada. La pasión de existir y de ser. El amor

y la belleza como verdad que el tiempo vuelve agonística y trágica. Una verdad que se muere con nosotros.

Cuanta potencia, ansia y esperanza hay en esas fotos teñidas, al contemplarlas ahora, de desesperación y de muerte. El contraste entre los escolares borrachos de alegría, ebrios de emoción, que viven, sin saber, cada momento, con esos mismos hombres vistos tal vez pocos años después, en un taller —un telar por ejemplo— cuyos ojos nos miran con frialdad y casi con ira, apenas contenida por una urbanidad forzada por el empresario que les ha obligado a retratarse frente a sus máquinas, convertidos ya en una extensión muy poco pensante de las mismas y en el brazo de aquél gerente que les paga un salario, posiblemente miserable pero imprescindible. Lo mejor de los hombres siempre se ha sacrificado a la necesidad, que dice Thoreau.

Una llamada en el vacío, una esperanza disuelta antes de aflorar, una vida terrible que se despierta a la “dudosa claridad del día” en un Rentería que se crea y se destruye en cada generación, que nos mira torvamente desde la autopista o el río, como diciéndonos: tu me has hecho así. Y los miles que pululan dentro y fuera, en las guardias y en las fábricas, que repiten incansablemente el mismo impulso de los mayores, y de los mayores de los mayores, torpes e insensibles, locos de buena o mala voluntad, sacrificados a la necesidad y a la especie, destruidos por las eternas engañifas de la historia, la política y la religión que les proporcionan el consuelo de un sentido, de un lugar al sol, de un por qué y para qué, las causas que la generación siguiente enterrará como barcos varados, inútiles, para edificar otros cuentos más bellos o más nuevos que les den lo que no tienen, que les consuelen y les animen en la ciega, descon siderada y difícil tarea de vivir cada uno su vida de fantasmas, pálida alegoría de los dioses, carne que fue, en su día enamorada.

Y todos los años abriremos OARSO para que nos proporcione su razón de muertos y de pasado, atraídos, como ante el abismo, por una verdad y una belleza que sólo valoramos cuando está muerta y enterrada —el sentimiento de lo irreparable—, como si sólo entonces viviésemos el latido y el sentido de lo que pasa y no vuelve.